
LOS CUENTOS AFRICANOS SOBRE METAMORFOSIS, O LA FRONTERA INVISIBLE ENTRE REALIDAD Y FICCIÓN

CRUZ CARRASCOSA
UNIVERSIDAD DE CHIETI- PESCARA

Es un axioma plenamente aceptado entre los especialistas en los cuentos tradicionales, sean de donde sean y se apliquen al ámbito o a la tradición a la que se apliquen, que las estructuras formales-argumentales de los cuentos poseen una gran estabilidad, y que, en una mayoría abrumadora al menos, se ajustan a modelos y a esquemas (que muchos estudiosos llaman tipos y motivos, otros funciones, etc.) más o menos uniformes y previsibles. Mi propósito, en este artículo, es atender a un corpus de cuentos documentados en áreas diversas del África subsahariana y demostrar que, en efecto, exhiben coincidencias de tipo temático, ideológico y credencial más que notables. Me he querido centrar, en esta ocasión, en el tópico o motivo credencial y literario de la metamorfosis (sobre todo de la metamorfosis zoomorfa, que es la absolutamente predominante), constante en el repertorio cultural de cualquier sociedad de tipo tradicional, y muy bien representado, desde luego, en África, porque ofrece márgenes muy amplios para realizar la labor comparativa, y al mismo tiempo porque los relatos o los episodios que reproduciré podrán servir como una antología mínima de relatos africanos sobre metamorfosis cuyo análisis podrá ser ampliado (por mí o por otros) en el futuro. Soy plenamente consciente de que elegir un repertorio tan abundante como éste plantea dificultades metodológicas importantes, y hace inevitable que haya carencias y lagunas en nuestra reflexión, ya que es imposible, en el espacio de un breve artículo, establecer siquiera una tipología somera de este tipo de relatos. Mi pretensión es, únicamente, la de ir desbrozando el terreno y la de llamar la atención sobre un corpus de relatos tan interesantes desde el punto de vista literario como desatendidos por la crítica.

Antes de comenzar nuestro recorrido, hay que poner de relieve que el fenómeno de la metamorfosis es absolutamente general en los relatos fantásticos y maravillosos de todas las tradiciones del mundo, y que de ninguna manera tiene África su exclusividad. Sin embargo, en las tierras africanas se asocia a creencias de tipo mágico-religioso plenamente operativas todavía hoy (al contrario de lo que sucede, por ejemplo, en los

cuentos maravillosos europeos y occidentales, cuyos emisores y receptores están de acuerdo en considerarlos puras ficciones), lo que insufla en estos relatos un grado de credibilidad y, por tanto, una vitalidad y una funcionalidad muy intensas. De hecho, pueden ser documentados todavía hoy en tierras africanas relatos que contemplan y describen las metamorfosis con absoluta y sorprendente naturalidad, como si fueran procesos totalmente corrientes y hasta cotidianos, tal y como revela este episodio de un cuento angoleño, de la región de Luanda:

... Cerca de la costa, y por efecto del encantamiento de la señora Peixarrão, João Filho se transformó en paloma. Volando, volando, atravesó parte del bosque, y fue a parar a una rica vivienda de piedra.

Al entrar por una pequeña abertura, encontró a la princesa bien compuesta. Ella se asustó ante su presencia, ahora en su figura humana:

— ¿Qué haces aquí? ¡Vete ya, ya, si no quieres ser muerto por el señor Serpiente! ¡Aquí sólo se oye la voz del pájaro, no se oye la voz de la gente!

— No se asuste, señora mía: vengo a salvarla, su padre me mandó.

Como también poseía la princesa su *quipa* [magia asociada a una cinta que se ciñe a la cintura], se transformó en anillo, y João Filho se la puso en el dedo. Recuperó el aspecto de paloma y voló por el espacio. Convertida la princesa otra vez, ya en el barco, en persona, João Filho, también en su forma verdadera, continuó viajando en lo alto del mástil¹.

Véase también este episodio de un cuento de los fulbé, pueblo disperso por diversos países del centro y del oeste de África:

... El niño cogió una navaja y la ató a la cola del caballo. Luego, ensilló el caballo, lo preparó y se montó. La araña se montó en la flor de árbol, que era su caballo. Así pues, se marcharon de aquel lugar. Sin embargo, la bruja se transformó en una mujer, ya que ella quería atrapar al niño como fuese, se agarró a la cola del caballo del niño y se cortó la mano con la navaja. Entonces, se quedó quieta, lamiéndose la sangre. De pronto, la mujer apareció otra vez como el viento².

En el siguiente episodio de un cuento de los bubis de la isla de Bioko, en Guinea Ecuatorial, una niña queda transformada en pez al ser arrastrada al agua por una sirena:

¹ RIBAS, Óscar (1989), *Sunguilando*, Porto, Asa, pp. 34-35.

² MEINHOF, Carl (2001), *Cuentos africanos*, trad. de M^a Teresa Bosch, Barcelona, Océano, n^o 59, pp. 293-294.

... Así es que aquella mujer cogió a su hija y se fue. Quería llegar al mar, donde tendría agua para lavarse y pescado para comer. Y, efectivamente, en cuanto llegó a la costa, se puso a construir una casa. Entonces apareció una sirena, que le hizo una proposición: «Tendrás todo lo que puedes desear si accedes a darme tu hija».

La mujer estaba horrorizada por una proposición tan poco afortunada. Pero la sirena seguía deleitándole los oídos con palabras dulces y promesas de ensueño. De tal manera que la mujer no se dio cuenta de que, mientras le hablaba, la sirena se había acercado tanto que pudo coger a su hija y meterse en el mar, donde se convirtió en un pez³.

Las creencias y relatos africanos acerca de metamorfosis suelen relacionarse con potencias de tipo religioso (divinidades) o con potencias mágicas (hechiceros), que a veces son difícilmente discernibles. La serpiente, representación en tantas culturas (desde la mesopotámica o la romana) de los espíritus de los antepasados, se hallan presentes en muchos de estos relatos africanos. Así, entre los dogón de Malí y de Burkina Faso, un mito sobre los orígenes de los seres humanos muestra a los primeros ancestros como seres híbridos:

Dios los creó como agua. Eran de color verde, en forma de persona y serpiente. De la cabeza hasta la cintura eran humanos, el resto de serpiente.

Tenían los ojos rojos, hendidos como los de los hombres, y la lengua bífida como la de los reptiles...

Estos genios, llamados Nommo, eran pues dos productos semejantes a Dios, de esencia divina como él, concebidos sin aventuras y desarrollados según las normas en la matriz terrestre⁴.

No es raro, en otros mitos de los dogón, que haya transformaciones de hombres en serpientes, en lagartos, en cocodrilos, y viceversa⁵. Ni que, en ésta y otras culturas, la serpiente aparezca como auxiliar o como mediador entre el mundo del pasado y del futuro, de los muertos y de los vivos. Por ejemplo en leyendas de los baya de Camerún o de los fang, que presentan a

³ CREUS, Jacint, et alii (1992), *Cuentos bubis de Guinea Ecuatorial*, Madrid / Malabo, Centro Cultural Hispano-Guineano, n° 60, p. 96.

⁴ GRIAULE, Marcel (1987), *Dios de agua*, trad. de À. Gutiérrez, Barcelona, Alta Fulla, pp. 22-23.

⁵ Véase, por ejemplo: GRIAULE, *op. cit.*, p. 26, 48, 51, 75, 111, 115, 116, 120-122 y 161.

los antepasados cruzando ríos sobre serpientes negras⁶.

Extracto a continuación un relato de los soninke —tribu mande que se asienta en el norte de Malí, sur de Mauritania y este de Senegal— que muestra la vinculación de la serpiente con el antepasado primordial, nacido de una relación sobrenatural. En él se pueden apreciar muchos más elementos que suelen asociarse a los relatos de transformación, como el sacrificio propiciatorio a la serpiente de una mujer, su función de donante de favores, su relación con el régimen de lluvias, o la perturbación que provoca la ruptura de los tabúes y prohibiciones relacionados con el respeto que se debe al animal. El incumplimiento del ritual cíclico ocasionará que el espíritu protector deje de operar:

... Cuando llegaron a este lugar, Digna envió a su gente a buscar agua a un pozo que había allí. Cuando sus hombres llegaron junto al agua, el espíritu del pozo les prohibió acceder a éste. Entonces, éstos regresaron y comunicaron este suceso a Digna.

Acto seguido, Digna se dirigió él mismo hacia el pozo y se encontró allí al espíritu. Digna le gritó sin rodeos al espíritu para que se quedase ciego y tuviera que sentarse, ya que le era imposible mantenerse en pie. No obstante, acto seguido, el espíritu utilizó un hechizo. Se vengó de Digna y éste se quedó ciego y sordo y tuvo que sentarse, sin poder levantarse de nuevo. Digna pidió ayuda al más importante de sus magos, quien también utilizó un hechizo y se lo lanzó sin reservas al espíritu, de tal modo que el espíritu se quedó ciego y sordo y tuvo que sentarse por falta de fuerzas. El espíritu, condenado de esta manera a la impotencia, pidió clemencia a Digna, diciéndole:

- Si me retiras la maldición que me has infligido, podemos vivir juntos y te daré en matrimonio a mis tres hijas.

Digna aceptó el ofrecimiento, y ambos cerraron un pacto, basándose en esto. Luego, Digna retiró la maldición al espíritu.

Así aconteció que los dos vivieron juntos en el pueblo de Daraga. Y Digna se casó con las tres hijas del espíritu. La primera de éstas se llamaba Diangana Boro, la segunda, Katama Boro, y la tercera, Sinangille Gunekhusso. Digna tuvo con Diangana Boro cinco hijos y una serpiente gigante, llamada en lengua extranjera Uagadu Bida...

Las causas que llevaron a la decadencia del reino de Uagadu fueron las siguientes: allí había un hombre, llamado Mamadi Sefe-Dokhote (poco hablador), a quien se le había llamado así porque no pronunciaba una palabra más de dos veces al año. Vivía muy cerca de Gadiaga, en el

⁶ GONZÁLEZ ECHEGARAY, Carlos (1999), *Etnohistoria y culturas bantúes (Guinea Ecuatorial, Gabón y Camerún)*, Madrid, Mundo Negro, pp. 76 y 82.

poblado del mago Dugu-Kure. Cuando se marchó de su tierra, se encontró a Magna en Kumbi, y éste le aceptó como alto señor. Magna le destinó a Diara, junto a Uagane Sakho, porque este Mamadi era pariente de Uagane, pues seguía el nombre de la familia Sakho-Biba. Así pues, Mamadi se estableció en Diara.

En aquel tiempo, en el poblado de Diara había una mujer cuya belleza superaba la de todas las demás muchachas de su edad. Se llamaba Sija Jatabare. Mamadi Sefe-Dokhote se convirtió en el amante de Sija. Pero llegó el momento en que a Sija le tocó el turno de ser entregada a la serpiente, ya que, cuando se reveló que no existía una belleza igual en toda la región de Uagadu, todos estuvieron de acuerdo en la necesidad de entregar a esta mujer el día de la fiesta del sacrificio. Cuando llegó el día de cumplir la promesa a la serpiente gigante, Sija fue conducida ante la serpiente [...]

Por eso, Mamadi adoptó las medidas necesarias para matar a traición a la serpiente, y afiló su espada sin que los demás lo supieran. Todos se habían trasladado a Kumbi. En cuanto llegaron al lugar, hicieron los preparativos para entregar a Sija a la serpiente el día de la fiesta, y llevaron a la muchacha hasta la boca del pozo donde se encontraba la serpiente.

Pues bien, la serpiente tenía costumbre de sacar fuera la cabeza tres veces, como jugando y, acto seguido, coger rápidamente a la joven muchacha y descender al pozo con ella. La serpiente ya había sacado la cabeza dos veces y, cuando la sacó por tercera vez y se disponía a acoger a Sija, en aquel momento, Mamadi sacó su espada y le cortó la cabeza. Sin embargo, la serpiente no paraba de sacar una cabeza tras otra, y Mamadi no paraba de cortárselas, hasta que le cortó siete cabezas. Cuando le fue cortada la séptima cabeza, la serpiente echó a volar mientras decía:

— ¡Oh, Mamadi! El reino de Uagadu está arruinado. Durante siete años no caerá ni una gota de lluvia en la región de Uagadu y cesará de llover oro.

A continuación, la cabeza salió volando y descendió al suelo en la región de Bure y, por eso, en Bure también hay más oro que en la mayoría de los países, según dicen los narradores.

Tras este suceso, dominó tal hambruna durante siete años, que los habitantes del lugar se comían unos a otros, hasta que todos los supervivientes se dispersaron. Sin embargo, enseguida que Mamadi le cortó la cabeza a la serpiente, se montó en su caballo más veloz y huyó. Ninguno de sus perseguidores le alcanzó, con excepción del caballo de Uagadune Sakho. Pero éste tampoco le mató, por su vínculo de parentesco. Algunos de los habitantes de Uagadu se marcharon hacia Sahel, otros a Mande, otros al este, otros al oeste⁷

⁷ MEINHOF, *op. cit.*, pp. 249 y 254.

Resultan muy evidentes los paralelismos que este texto que acabamos de conocer guarda con el siguiente relato de los dogón:

... Cuando envejeció, el antepasado tenía la costumbre, mientras los adultos trabajaban, de cuidar a los niños en la casa de su hijo mayor. Un día se transformó en serpiente, lo que trastornó a los pequeños. Pero como recobraba su apariencia humana al volver los hombres, se pensó que eran fantasías infantiles. Sin embargo, se repitió el hecho y el hijo mayor, al volver un día de los campos, sorprendió al anciano en plena metamorfosis. Éste, avergonzado al verse descubierto, se transformó rápidamente en antílope⁸ para huir más deprisa. Perseguido por el hombre, se metió en la cueva llamada Kommo Dama, al sudoeste de los Ogot, y desapareció en ella.

Sin atreverse a seguirle, el hombre permaneció en la entrada del agujero, escuchando el ruido cada vez más tenue del galope del animal que se perdía en las entrañas de la tierra. Al no oír ya nada, iba a retirarse, cuando percibió un rumor creciente. El rumor se convirtió en fragor, creció como una tempestad y por último una enorme ola estalló en el fondo de la caverna, viniendo a morir a los pies del hombre y retirándose a continuación.

Mirando al suelo el hombre observó una piedra dejada por la ola, que era la señal de alianza abandonada por el anciano antes de su desaparición en el otro mundo. La recogió y la confió a otro hombre de la familia que reveló estar poseído por el espíritu del antepasado y del Nommo. Él fue el primer sacerdote del Binu Tiré de Sodamma⁹.

Otras muchas especies de animales protagonizan los relatos africanos de metamorfosis. En el siguiente cuento de los hutu de Ruanda se aprecia muy bien la clave totémica, y no sólo porque la metamorfosis se asocie a una especie que engendrará descendencia, sino también porque, a partir de esa metamorfosis originaria, el mundo natural podrá comenzar a distinguirse, a organizarse, a clasificarse, lo que concuerda muy bien con la visión que del totemismo han dado autores como Claude Lévi-Strauss, para quien es un fenómeno que no sólo busca avalar y justificar unos orígenes remotos, sino que, sobre todo, desarrolla una función siempre actualizada, perfectamente «contemporánea» en cada época, de conocimiento y reconocimiento del

⁸ El antílope es otro animal que en los relatos tradicionales africanos suele tener un papel de guía, puente, mediador o de intercesor entre mundos, e incluso, a veces, de antepasado-tótem. Véase, al respecto: GONZÁLEZ ECHEGARAY, *op. cit.*, p. 93-94.

⁹ GRIAULE, *op. cit.*, p. 121-122.

entorno natural y social:

Un labrador tenía un campo de sorgo. El sorgo estaba maduro. Todos los días, dos pájaros venían a comer sus granos. Con fibras de sisal, el labrador fabricó pequeñas trampas y las ató a las espigas del sorgo.

El pájaro macho se dejó coger, y el hombre le arrancó las plumas de las alas. Después, entregó el pájaro a los niños, y les ordenó que le cortasen el cuello. Los niños cogieron un cuchillo. Pero el pájaro hembra apareció y les gritó:

— ¿Por qué queréis cortarle el cuello a mi marido?

Los niños no respondieron. El macho le gritaba:

— Deja que lo hagan —repitió el macho.

Empezaron entonces a asarlo:

— ¿Por qué asáis a mi marido? —preguntó la hembra.

— Amiga mía, deja que lo hagan.

Cuando terminaron, cortaron al pájaro macho en pedacitos. Cada vez que cortaban un pedazo, la hembra preguntaba por qué lo trataban así. Y cada vez contestaba el macho que les permitiera hacerlo.

Cuando se comieron el pajarito, todos los niños se vieron transformados en pajaritos de la misma especie. Son los que todavía vemos.

Anteriormente no había sobre la tierra nada más que estos dos pájaros de los que yo acabo de contar la historia¹⁰.

Un relato de los bânsoa de Camerún nos muestra cómo la metamorfosis hombre-animal no sólo sirve para establecer órdenes y divisiones en el mundo natural, sino que también puede asociarse a veces a fenómenos de categorización social y de justificación de las jerarquías y estructuras de poder dentro de la comunidad. La asociación de las jefaturas con los animales felinos prueba que los relatos de tipo totémico no son simples ecos del pasado, sino estrategias plenamente operativas de organización y discriminación social en el presente:

Entre los bânsoa, como entre todos los bamileke, el Laa'aàkaàm es una sociedad secreta donde los nueve notables, es decir, los más potentes y principales colaboradores del jefe, inician y preparan al futuro jefe para ejercer bien su trabajo, al mismo tiempo que lo blindan místicamente contra los espíritus maléficos que podrían amenazar su vida. Durante la iniciación, que dura nueve semanas, el jefe debe dejar embarazada por lo menos a una de sus esposas. Así, multiplica la posibilidad de tener un

¹⁰ ESTEPA, Luis & PEDROSA, José Manuel Pedrosa (2001), *Mitos y cuentos del exilio de Ruanda*, Gipúzkoa, Sendoa, p. 115.

hijo varón, futuro heredero. Si no lo consigue, lo sustituyen por uno de sus hermanos. Durante su estancia en esa sociedad secreta, se le enseñan también varias cosas, entre ellas los secretos del palacio, cómo transformarse en pantera, el animal real por excelencia, y le dan el poder místico que funda su autoridad casi divina¹¹

En el siguiente episodio de un cuento de los ndowé de Guinea Ecuatorial apreciaremos la identificación del leopardo con las representaciones de la realeza. Ello vuelve a probar que las metamorfosis se ajustan a unas gradaciones y jerarquías típicas que nunca han dejado de cumplir un papel en la visión del mundo y del orden social de los pueblos que atesoran estos relatos:

... Sucedió que el pájaro de oro iba todas las noches a comer las manzanas de oro del primer rey. Hasta que éste se cansó y pidió a su hijo mayor, que era amigo del leopardo, que lo cazara...

Para celebrar el fin de la aventura, el muchacho se adentró en el bosque para cazar. De pronto, apareció ante él un gran leopardo. Pensó:

— El leopardo es mi amigo, jamás dispararé contra él.

Pero él le advertía:

— Dispara, amigo, si no quieres que salte sobre ti.

Al fin, el muchacho disparó. Al instante, en lugar del animal apareció un hermoso muchacho, que resultó ser el hermano de su mujer. Regresaron al poblado y el hijo del rey, la mujer de oro y su hermano vivieron juntos y felices desde aquel momento¹².

El siguiente cuento fue recogido a un joven bakongo (etnia que se extiende entre Gabón y Angola) de la República Democrática del Congo que vive en Madrid. En él se describe cómo un jefe se transforma en leopardo para luchar con otro jefe de otro grupo que visita, también en forma de leopardo, a su mujer por las noches. La metamorfosis en felino vuelve a insertarse aquí (aparte de en un escalafón social que se asocia con la jefatura) en un contexto de clasificación y discriminación entre grupos:

Había un hombre en Mambesa que vivía con su mujer, la cual se veía

¹¹ MAGNÈCHE NDÉ, Céline Clémence (2004), *¿Verdad que esto ocurrió...?: Cuentos orales africanos*, Madrid, Páginas de Espuma, p. 195, nota 12.

¹² CREUS, Jacint (1991), *Cuentos de los ndowe de Guinea Ecuatorial*, Madrid / Malabo, Centro Cultural Hispano-Guineano, pp. 194 y 196.

con su *concubino* a escondidas. Su amante era un leopardo.

Cada noche salía a buscarlo en el bosque...

El marido era jefe de los *bamtús*, y estos pobladores del bosque conocen muy bien los fetiches. Aún así, fue a buscar a un viejo del bosque para pedirle consejo. El viejo le dijo:

— El leopardo es otro jefe de un poblado de animales del bosque, y para luchar contra él tienes que transformarte también tú en leopardo, para poder vencerlo y matarlo.

El marido, que no sólo era el jefe del pueblo, sino que también era hechicero, tenía muchos fetiches en su casa. Con ellos, los jefes podían reafirmarse en su autoridad.

Ella aprovechaba la mañana cuando tenía que ir a cultivar y se reunía con el leopardo.

Otra noche, ella salió a hacer pis y su marido, que ya conocía el sitio, esperó transformado en leopardo. Cuando su mujer se reunió con él, sin advertir que el leopardo no era el habitual, sino que era su marido transformado, el leopardo le dijo:

— Vamos más para allá.

Y la alejó del lugar de encuentro, donde más tarde llegaría el *concubino*. Cuando éste llegó al sitio acostumbrado, el *concubino* no encontró a la mujer, y se enfadó mucho.

Mientras, la mujer reía y se divertía con el marido. Sin saberlo, le preguntó por qué no había traído caza, y el leopardo dijo que había estado muy cansado, y no había podido traer. Al cabo de un rato, la mujer se despidió y volvió a casa.

Otra noche que la mujer salió, el hombre la volvió a seguir transformado en leopardo. Cuando el verdadero leopardo encontró a la mujer, estaba furioso, porque la noche anterior la había estado esperando en vano. De repente, llegó el marido transformado, y el *concubino* quiso defenderla creyendo que era ella la que estaba en peligro. También defendiendo su condición de marido, porque, aunque el otro fuera su marido humano, su verdadero marido, el *concubino*, no lo sabía. Se enzarzaron en una lucha terrible. Al final, el hombre transformado, como pensaba como hombre, era más inteligente y consiguió matar al *concubino*. La mujer había presenciado la lucha escondida y volvió a casa muy asustada.

El marido recobró su forma humana y transportó el cuerpo del leopardo muerto hasta su casa. Encontró a la mujer muy nerviosa, que al ver entrar a su marido con un cuerpo de leopardo, se puso aún peor e intentaba dar explicaciones sin sentido...

... Cortaron la piel del leopardo, que es una piel muy valiosa. Los jefes la utilizaban para vestirse¹³.

¹³ El informante fue un joven kongo entrevistado por mí en Madrid el 16 de abril

La asociación más o menos estable entre jefes y felinos tiene el contrapunto, en muchos relatos tradicionales africanos, de la asociación entre hechiceros y aves nocturnas que acechan a las víctimas de sus brujerías¹⁴. Apreciémoslos en un episodio de un cuento tradicional entre los bânsoa de Camerún:

Hace mucho tiempo, en un pueblo vivía un brujo muy viejo, tan viejo que ya no salía de su casa. Era muy potente, y guardaba bajo sus uñas, que medían metros, todos sus fetiches. Era vampiro, y todos sus dedos eran sus tótems [...] Tenía muchos tótems. Podía transformarse en un animal, el que quisiera. Era muy malo, era el terror del pueblo, y dedicada su tiempo a comer a la gente.

Pero un día fue a comer a alguien y lo cogieron, lo encerraron herméticamente en una botella y guardaron la botella en el techo.

Muchos años pasaron hasta que, por casualidad, un joven de paso liberase al hechicero. Y entonces, éste volvió a poner en práctica sus capacidades para transformarse:

Nada más abrir la botella salió un enorme y espeso humo, «¡chuuuuu!», que inmediatamente se transformó en un gigantesco búho negro con garras larguísimas, que empezó a revolotear alrededor de él y a ulular. Luego se posó pesadamente en la cabeza del chico con sus garras terroríficas y le gritó:

— ¿A cuánto estamos? ¿Cuándo me liberas? ¿Eh? Te pregunto.

El chico, aterrorizado y temblando, no sabía qué decir. El búho siguió:

— ¿No quieres contestar? ¿Te vas a callar ahora? Cuando se trataba de encerrarme en esta botella lo hiciste corriendo, ¿verdad? Te voy a sacar los ojos primero y luego te mataré por haberme encerrado durante cien años en esta botella¹⁵.

También entre los fang de Guinea-Ecuatorial son comunes los relatos de transformación que muestran a los hechiceros metamorfoseándose en aves siniestras:

Nguema era un chico huérfano que vivía solo con su abuelo. Éste le había instruido en la brujería de la manera tradicional. Y, cuando vio que se le

de 2004.

¹⁴ MAGNÉCHÉ NDÉ, *op. cit.*, nº 3, nota 3, p. 193.

¹⁵ *Ibidem*, nº 8, p. 99-102. Es apreciable la correspondencia entre este relato y determinados cuentos muy difundidos en la tradición popular árabe, como «El cuento del pescador y el *efrit*», en *Las Mil y Una Noches* 1998), Madrid, Alba, pp. 21-24.

acercaba la muerte, llamó a su nieto y le dijo: «Eres muy feo; pero podrás conseguir todas las mujeres bonitas que quieras». Y lo llevó frente a las tumbas de sus padres donde, cogiendo las hierbas y las hojas que allí había, fabricó una crema y se la puso en la cara. Nguema era feo, en efecto; pero con aquella crema la gente le veía de una hermosura sin parangón.

El abuelo murió y Nguema lo enterró junto a sus padres. Se dedicaba a la caza y vendía todas las piezas que cobraba. Cuando ya había acumulado bastante dinero, el abuelo se le apareció en sueños y le dijo: «Aquí ya no tienes nada que hacer. Vete de este pueblo y no vuelvas hasta que hayas conseguido lo que te propongas».

Nguema se marchó del pueblo. Y encontró trabajo en un pueblo lejano, en casa de un hombre muy rico. Allí, Nguema siguió asistiendo a las reuniones de los brujos, aunque no mataba ni se comía a nadie.

El hombre que había dado trabajo a Nguema era el rey de aquel pueblo y tenía una hija muy hermosa. Ésta se enamoró de Nguema y, cuando le propuso que podrían escaparse, aceptó sin rechistar. La chica estaba asustada: escapaban de su pueblo, sí, pero volando y sin tocar con los pies en el suelo. Llegaron a un claro del bosque y, en un instante, quedó construida una casa.

Mientras tanto, el rey se había visto burlado; y convocó a todos los brujos para que recuperaran a su hija. Uno de ellos se convirtió en un pajarraco que salió volando hacia la casa de Nguema. Al llegar allí se posó en un árbol para intentar sorprender a la pareja. Pero el chico se dio cuenta de lo que sucedía y se convirtió en un gorila. Salió en busca del pajarraco y lo mató. Entonces el pajarraco recuperó la forma humana y Nguema le enterró en el tronco de un árbol, tal como hacen los gorilas.

Un segundo brujo se presentó en la casa, en forma de una chica bellísima. Nguema la invitó a entrar y la pegó ferozmente. La chica recuperó su forma de hombre y Nguema se convirtió en un pájaro. Pero el hombre, en lugar de perseguir a Nguema, cogió a su mujer y se la llevó consigo. Cuando Nguema se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, se convirtió en un pájaro enorme y atacó y mató sin piedad al hombre que intentaba quitarle a su mujer.

Ningún otro brujo se atrevió a desafiar el poder de Nguema. Y éste, recordando lo que su abuelo le había dicho, regresó a su pueblo natal. Y vivió con toda clase de felicidad junto a las tumbas ancestrales¹⁶.

Entre nativos de la isla de Annobón, de Guinea Ecuatorial, ha sido recogida

¹⁶ CREUS, Jacint & BRUNAT, Maria Antònia (1991), *Cuentos de los fang de Guinea-Ecuatorial*, Madrid / Malabo, Centro Cultural Hispano-Guineano, n° 56, p. 116-117.

una preciosa versión de un cuento cuyo argumento se corresponde con el que recibe el nombre de *El aprendiz del mago* y tiene el número 325 en el gran catálogo de cuentos universales de Antti Aarne y de Stith Thompson¹⁷. Todo el relato es, en realidad, una especie de desafío entre el mago y su aprendiz en que las metamorfosis juegan un papel principal, y en que la transformación del malvado en ave de mal agüero también asoma. El cuento se inicia con la entrega del joven al maestro, para que le convierta en aprendiz. Pero apenas desaparecen los padres, el brujo convierte al niño en asno y lo esclaviza en sus fincas. Una vieja aconseja a los padres sobre cómo rescatarle:

... Los padres montaron en el águila; al llegar a la casa del maestro Papadiante vieron al asno y, montándolo también en el gran pájaro, se lo llevaron. Entonces el maestro Papadiante empezó a perseguirles, transformado en vampiro, entre una multitud de murciélagos. El águila se dio cuenta de que les alcanzaría porque llevaba mucho peso, y sugirió que dejaran caer el huevo.

Inmediatamente, aparecieron una gran cantidad de nubes que los ocultaban a la vista del maestro, éste regresó a su casa, cogió otro huevo que deshacía aquel embrujo y renovó la persecución. Entonces los fugitivos dejaron caer la piedra y apareció una gran montaña; el maestro, que no se dio cuenta de su aparición, chocó contra ella y se rompió los huesos.

Otras transformaciones en caballo, en cerdo, en gallina, en gato, hasta en anillo, se suceden en el mismo relato, lo que muestra la vitalidad del motivo de la metamorfosis en esta insular tradición¹⁸.

El motivo de la fatal maldición de los progenitores, que ya ha asomado en alguno de nuestros cuentos anteriores y que es de los más repetidos y productivos en la tradición africana y en la otras muchas partes del mundo¹⁹,

¹⁷ Véase: AARNE, Antti & THOMPSON, Stith (1981), *The Types of the Folktale: a Classification and Bibliography* [FF Communications 184], 2ª revisión, Helsinki, Suomalainen Tiedeakatemia-Academia Scientiarum Fennica, nº 325.

¹⁸ CREUS, Jacint & BRUNAT, Maria Antònia (1992), *Cuentos annoboneses de Guinea Ecuatorial*, Madrid / Malabo, Centro Cultural Hispano-Guineano, nº 36, pp. 62-63.

¹⁹ Véase al respecto: (2001), «Los padres maldicientes: del Génesis, la Odisea y el Kalevala a la leyenda de Alfonso X, el romancero y la tradición oral moderna». In: PIÑERO RAMÍREZ, M. (ed.), *La eterna agonía del romancero: Homenaje a Paul Bénichou*, Sevilla: Fundación Machado, pp. 139-177.

asoma en el siguiente cuento de los schambala (sambara) del nordeste de Tanzania, en el que advertimos que es un jabalí el que cumple la maldición lanzada por una madre a su hijo. En nuestro relato, el jabalí es, en realidad, la encarnación de un antepasado, y causa el daño como castigo por la ruptura de un tabú asociado al animal-tótem. Una vez más apreciamos que la constelación de motivos que intervienen en este tipo de relatos, e incluso su orden y concatenación, son sorprendentemente regulares:

— Tu padre está ahí afuera, puedes salir tranquilo, que él te vigilará y así puedes recogerme algunas de nuestras calabazas.

Pero el niño dijo:

— Ahí afuera está oscuro, no saldré de ninguna manera.

Entonces ella le ordenó:

— ¡Por supuesto que lo harás! Tu padre está ahí afuera.

Sin embargo, el niño no quería, y, como se resistía, la mujer cogió un bastón y le pegó. Enseguida, el padre preguntó al niño desde fuera:

— Hamba, ¿por qué te pegan de ese modo?

— ¡Bah! Porque no quería salir a recoger las calabazas.

El niño salió llorando, y la madre le maldijo diciendo:

— ¡A ti, niño, a ti, un jabalí debería apresarte y morderte!

Al oír esto, el hombre le dijo a su mujer:

— ¿Por qué maldices al niño de esa manera? Si no puedes controlar tu boca, te traerá mala suerte...

— A continuación, el padre dijo al niño que salía llorando:

— Deja, ya las recogeré yo.

Pero el niño se fue llorando hacia el campo, buscó las calabazas con los pies y rompió una. En aquel momento, el jabalí se encontraba en aquel lugar donde dejaban los despojos de maíz, saltó y empujó al niño, que empezó a gritar. En la casa, la mujer lo oyó inmediatamente, y el marido dijo a su mujer:

— Ya sé que hablabas a lo tonto, pero ahora ha ocurrido lo que querías, lo que esperabas alegremente. Pues ahora no voy a liberar al niño. Tú no escuchas nunca cuando te dicen que no se debe maldecir...

Esta mujer ha maldecido al niño cuando éste se dirigía al campo y ahora ha sido mordido por un jabalí. Un anciano que había acudido con los vecinos dijo al hombre:

— Ay, amigo, no digas eso. El espíritu de un antepasado tuyo se ha revelado contra ti, el padre de ese niño. ¿Acaso debería morir este niño sólo porque se le maldiga?

Y sus compañeros dijeron:— ¡No!

El anciano prosiguió:

— Nuestro amigo debe tener mucho cuidado de sus antepasados. Seguramente ha hecho enfadar al espíritu de alguno de ellos.

Y el hombre contestó:

— Si estos jabalís no tuvieran un espíritu enfadado, no habrían venido ni tampoco habrían mordido al niño por casualidad...

Entre sus compañeros se encontraba también su cuñado. Éste le salvó y mató al jabalí a cuchilladas. Todos los demás huyeron. Una vez mataron al animal, regresaron y le dijeron al hombre:

— Y bien, amigo, ¿qué pasa con el espíritu de tu antepasado?

Durante un rato guardó silencio, reflexionando. Luego explicó:

— Ay, compañeros, eso sucedió hace mucho tiempo, mi padre todavía no había muerto. En aquel entonces, mi padre me ordenó terminantemente: "¡Nunca vayas a cazar jabalís y nunca comas su carne!". Pero yo lo había olvidado y los he acechado y, por eso, ahora, mi padre ha matado a mi hijo.

Uno de los hombres le preguntó:

— Pero ¿qué le había ocurrido a tu padre, para que te ordenase eso en aquel momento?

Él dijo:

- En aquellos tiempos, teníamos en la parte de atrás de la casa nuestro campo de bananas. Al morir el abuelo, lo enterraron en el campo de bananas. Pasaron cuatro días y, al quinto, mi padre fue a inspeccionar la tumba. Cuando se acercó al lugar, vio que la tierra estaba toda removida. Él se extrañó de eso y, al volver a casa, dijo a los demás: "Escuchad, la tumba está toda removida". En aquel momento, se encontraba allí una mujer anciana que dijo a los jóvenes: "No vayáis hoy a echar más tierra sobre la tumba, no sabéis por qué caminos vagan los muertos". Entonces, se hizo así. Al cabo de cinco días, el agujero era ya enorme y, al observar detenidamente, descubrieron que había huellas de jabalís y que el cadáver había desaparecido. En la tumba sólo quedaban los huesos. A continuación, la anciana dijo: "¿Veis lo que os había dicho? Han venido a buscar a su hombre".

Así pues, los hombres regresaron a casa y, al llegar, aquel hombre dijo a sus amigos:

— Sin duda, creo que el espíritu de mi antepasado ha causado esta desgracia, pues una maldición no basta para matar a una persona²⁰.

Muchos otros relatos pueden mostrarnos cómo el motivo de la maldición (sobre todo la maldición del padre, de la madre o de algún familiar cercano) y el de la metamorfosis suelen estar estrechamente vinculados. En el siguiente cuento de los bubis de Bioko los dos se combinan, una vez más, con el motivo del castigo que responde a la transgresión de un tabú:

Un hombre tenía tres hijos, a cada uno de los cuales había regalado un cuchillo. Murió, y los tres huérfanos decidieron capturar un pájaro que,

²⁰ MEINHOF, *op. cit.*, n° 4, pp. 40-42.

cuando cantaba, las hojas de los árboles del bosque respondían.

Primero salió el hermano mayor, clavó su cuchillo en un árbol y dijo: «Si alguna vez sale sangre de la herida de este árbol, será porque he muerto». Y se adentró en el bosque.

Allí encontró una casita, con un anciano al que contó sus pretensiones. El viejo le indicó el camino que debía seguir para encontrar al pájaro, pero le advirtió: «Por muchas voces que oigas, no vuelvas la cabeza para nada». El muchacho continuó su camino, y a sus espaldas un montón de voces le preguntaban: «¿Dónde vas?». Él no quería volverse pero, ante tanta insistencia, miró hacia atrás. Y al instante quedó convertido en una estatua de piedra. En aquel mismo momento, la herida del árbol empezó a sangrar y sus hermanos supieron que había muerto.

Entonces salió el segundo de los hermanos, tras haber clavado también su cuchillo en el árbol: se adentró en el bosque, encontró al anciano e intentó seguir sus instrucciones. Pero las voces que oía eran tan insistentes que también volvió la cabeza. Y también quedó convertido en una estatua de piedra, mientras la herida del árbol empezaba a sangrar de nuevo.

Al ver que también el segundo de sus hermanos había muerto, el pequeño siguió sus pasos: se adentró en el bosque y habló con el anciano, que le dio las mismas instrucciones. El chico continuó su camino; y por más que las voces no dejaban de oírse a sus espaldas, él jamás volvió la cabeza. Por fin, y tras unos matorrales, encontró a aquel pájaro maravilloso y pudo recogerlo.

De vuelta a casa con el pájaro, cuando pasó por delante de las dos estatuas de piedra sus hermanos recuperaron su aspecto normal, y regresaron juntos a casa.

Jamás volvieron a desobedecer a un anciano²¹.

En este otro cuento fang de Guinea Ecuatorial, los hijos que desobedecen el mandato paterno quedan transformados en cocodrilo:

Ote, Eli y Pichichi eran tres hermanos que vivían con su padre. Éste prefería al pequeño Pichichi, y los otros dos tenían envidia de él.

Cuando el padre presintió la muerte, llamó a Pichichi y le dijo: «Mañana irás al río y verás que los cocodrilos fabrican dinero para ti. Coges todo el que quieras. Y siempre te sucederá lo mismo».

El padre murió. Y, al día siguiente, Pichichi fue al río y, efectivamente, vio que los cocodrilos fabricaban dinero para él. Lo cogió y cada vez que quería volvía al río y sucedía lo mismo. Pichichi empezó a reformar la casa y a mantener a sus dos hermanos mayores.

A Eli le daba lo mismo. Pero el mayor, Ote, quería saber de dónde sacaba

²¹ CREUS, *Cuentos de los bubis...*, op. cit., nº 69, p. 108.

el pequeño tanto dinero. Así que una mañana le siguió y observó sorprendido lo que sucedía. Cuando Pichichi se marchó, él mismo quiso probarlo. Y al instante se convirtió en un cocodrilo y se puso a fabricar dinero para su hermano. Pichichi, al día siguiente, reconoció a Ote en el nuevo cocodrilo; pero no quiso decir nada.

Eli empezó a sentir curiosidad, y otro día siguió también a Pichichi hasta el río. Al ver que sucedía algo tan maravilloso, el pobre Eli quiso probarlo. Y también se encontró de pronto convertido en cocodrilo y fabricando dinero para su hermano.

Pichichi continuó viviendo en medio de grandes riquezas. Y Ote y Eli vieron castigada su envidia; toda la vida trabajaron para el pequeño, fabricando dinero en forma de cocodrilo.²²

Vamos todavía a interesarnos por otro tipo de motivo que se asocia de forma bastante regular a los relatos de metamorfosis en diversas tradiciones orales africanas. Es una creencia muy extendida en muchas culturas —incluida la europea— que involucrar con la piel de un animal con la ayuda de determinados procedimientos mágicos puede obrar una transformación de este tipo²³. La metamorfosis se produce por magia simpática (similitud y contacto), que se asocia a tantos relatos de esta naturaleza. En un episodio de

²² CREUS, *Cuentos de los fang...*, *op. cit.*, nº 98, p. 196.

²³ El motivo se asocia a relatos de licantrópía (hombres lobo, hombres-tigre, etc.) conocidos en todo el mundo. Y a multitud de variantes del tema. Por ejemplo, en la tradición islandesa, los *bersekir* son guerreros de gran fiereza, que se cubren con pieles de oso para entrar en la batalla con la fuerza de esos animales. Véase al respecto: DÍAZ VERA, J. E. (ed.) (1998), *La Saga de los Volsungos*, Madrid, Gredos, p. 55, nota 29. En la tradición de los mongoles del norte de China hay también muy buenos ejemplos de esto. Véase, por ejemplo: «*Cuando el Khan vio el manto hecho con la piel del rey de los tigres quedó radiante, quiso mostrárselo a todo su pueblo vestido con tan magnífica indumentaria e hizo anunciar por todo el reino que él poseía un precioso manto de piel hecho con la piel del rey de los tigres [...] Al fin de un cierto tiempo entre los acordes de la música, el Khan se dirigió con aire muy satisfecho para la tribuna. Levantó la mano en un gesto largo, y un criado le trajo un envoltorio amarillo. El criado entonces abrió y tiró el manto con la piel del rey de los tigres, que era de un dorado espantoso; lo mostró por tres veces a la multitud y después se lo entregó al Khan, ayudándole a vestirlo. Mas el Khan había acabado de vestir el manto, se transformó en tigre de pelo matizado de varios colores. Soltó un rugido, descendió de la tribuna y embistió contra la multitud dando dentelladas a varios espectadores, con lo que quedaron algunos de ellos gravemente heridos*»: (2003) «O manto feito com a pele do rei dos tigres», in: *Contos Populares Chineses*, São Paulo, Landy, 3ª edición, vol. II, pp. 48-49.

un cuento de los sotho de Lesoto y de la República de Sudáfrica vemos cómo la tortuga, *trickster* o "burlador" de tantos cuentos africanos, logra matar astutamente al león sólo para hacerse con su piel y aprovechar su poder frente al resto de los animales:

Hizo rodar una piedra, y ésta cayó sobre el león que murió. La tortuga lo desolló e hizo un saco con él. Se metió dentro, y se convirtió en un león que disfrutaba asustando a todos los animales. Se encontró con las hienas. Éstas habían preparado cerveza. Cuando estaban sentadas junto al fuego, la tortuga les dijo:

— ¡*Revolverla* con las manos!

Ellas metieron las manos en la cerveza caliente, porque tenían al león, y éstas se les quemaron. Mientras la hienas regresaron, descubrieron que era una tortuga y la echaron de su casa²⁴.

En el siguiente relato de los fang de Guinea Ecuatorial, la metamorfosis de una mujer en mono tiene mucho que ver con el recubrimiento con una piel del animal:

Érase una vez un hombre casado que tuvo siete hijas. Habiendo nombrado a todos sus familiares, empezó a poner a sus hijas los nombres de plátanos: Esong Ekuan, Elad Ekuan, Nbuñ Ekuan y Mikuikuiñ-mi-zama. Mikuikuiñ-mi-zama era la más hermosa de entre todas, casi brillaba en la oscuridad.

Un día se presentaron varios jóvenes en busca de novia. Uno de ellos, tomando la palabra, dijo que había venido a pretender a Mikuikuiñ-mi-zama. Pero ésta tenía una prohibición; no se le podía tocar la teta izquierda.

Aceptaron los suegros al novio, y en pocos años se casaron. Se presentó la familia del novio para pedir el matrimonio de los jóvenes. Se acordó en la visita que se celebraría el matrimonio el próximo mes. Cumplida la fecha, volvieron los familiares del novio y entregaron la dote, y después de dos días de estancia, cuando les faltaba un día para llevarse a la novia, los dos novios se pusieron a jugar y, en el juego, se le pasó la mano al joven tocando la teta prohibida, e, inmediatamente, Mikuikuiñ-mi-zama se convirtió en un mono que en pocos minutos estaba ya trepando los plátanos, y luego los grandes árboles del bosque y, como broma, se perdió en la selva. Al verlo, los padres de la novia, obedeciendo las normas tradicionales de los casamientos, dieron al novio a una de las hermanas, concretamente a Esong Ekuan...

Cuando Esong Ekuan llegaba a la huerta preparaba un lugar para poner a su hijo mientras trabajaba. No era fácil trabajar en esas condiciones ya que,

²⁴ MEINHOF, *op. cit.*, n° 22, p. 117.

de pronto, se despertaba el niño y lloraba. Viendo ella ese sufrimiento, también se ponía a llorar, alegando que ese castigo no lo merecía, sentada junto a su hijo.

Al poco rato, oyó los ruidos de un mono que descendía de los árboles para la huerta. Era Mikuikuiñ, la que venía a ayudar a su hermanita. Cuando llegaba a la huerta, sacaba su piel de mono y cogía la azada, poniéndose a trabajar. Podía limpiar toda la finca en un solo día y, cuando acababa, recogía su piel de mono y retornaba a la selva.

Esto lo hizo varias veces, hasta que Esong Ekuan lo contó a su marido, quien, al oírlo, se fue a [el adivino] Mendyim-Susó, sabio del poblado; le contó toda la historia pidiéndole ayuda. El curandero le dijo que no se preocupase, porque le iba a ayudar. Tenía que acompañar a su esposa a la finca; al llegar, tenía que preparar un fogón en el margen de la huerta; luego, que su esposa pusiera al niño como antes, y que se ponga a trabajar. Mientras, se escondería el hombre. Cuando llegase la mujer mono y se haya sacado su piel de mono, ya trabajando, saliera el marido del escondite y echara el traje al fuego; de este modo la podía recuperar. Y así lo hizo el hombre, recuperando a su legítima esposa²⁵.

Son muchos más los relatos que podríamos traer a colación en este estudio. Bien mirado, casi se podría decir que son más los cuentos tradicionales africanos que incluyen el motivo de la metamorfosis que los que no lo incluyen. Es decir, que este artículo podría haberse extendido hasta las proporciones de un grueso tratado. Pero estimo que con los ejemplos que hemos analizado hasta aquí ha quedado demostrado, aparte de la dispersión y vitalidad prodigiosas de estos relatos, que todos ellos se agrupan en torno a claves temáticas, ideológicas, credenciales —la justificación de los orígenes, la maldición de los mayores, el ejercicio del poder positivo (encarnado en la realeza) o negativo (encarnado en los hechiceros), la capacidad transformadora de la piel, etc. sumamente estables, regulares, previsibles. Hay que decir que, por razones de espacio, hemos dejado fuera de este estudio otros tipos de motivos y de relatos, como son los que vinculan el agua con el tránsito de un estado o de una apariencia a otros.

Todo esto no puede sorprendernos, porque simplemente prueba que el repertorio de los cuentos africanos no difiere en nada de los de otras tradiciones, que se organizan también en torno a constantes temáticas de este tipo. Lo que quizás sí podamos considerar especialmente llamativo es que este tipo de relatos son aún *creídos*, considerados *reales*, *verdaderos*,

²⁵ ELÁ, José (2004), *El joven que atrapó al puercoespín blanco y otros cuentos de los fang de Guinea Ecuatorial*, Vic, Ceiba, nº 18, pp. 42-44.

verosímiles, entre los miembros de muchos grupos, entre personas de toda clase y condición de África. Los relatos de metamorfosis africanos no son pura, abstracta, etérea ficción, sino que son instrumentos para describir, conocer, operar en el mundo, para organizarse en la vida cotidiana, para justificar o reforzar los conceptos de familia, de jefatura, de otredad. Las tradiciones a las que nos hemos asomado, aunque sea con excesiva rapidez y brevedad, son auténticos y excepcionales «laboratorios» que nos permiten ver la tradición oral como fuerza dinámica, operativa, transformadora, como clave de percepción y de relación de cada individuo con su entorno, como código de valores, de mandamientos y de castigos aplicables y vigentes de forma efectiva en el seno de las sociedades africanas. Y, dentro de esta tradición oral, los relatos de metamorfosis, por sus ingredientes y motivos de vinculación, de mediación, de intercesión, entre naturalezas y mundos diferentes, son, seguramente, de los más interesantes, de los sugestivos, y, sobre todo, de los más *vivos* dentro de una órbita cultural que tantas y tan variadas maravillas sigue guardando.